Andrea Constanza Ferrari &
Tomás García Lavín

Historia de la literatura argentina contada en una hora



Índice

Prefacio. Comentarios a esta *Historia* 7
Historia de la literatura argentina 11

Al tío Pedro, que fue parte de esta Historia;
a la tía Alicia, que fue feliz con ella.

Prefacio
Comentarios a esta Historia

La pregunta sobre qué es la literatura ha sido reiterada y respondida desde múltiples posiciones, teorías o ideologías. Sin embargo, como sucede con tantas facetas de la vida, el exceso de reflexión puede engendrar, como mínimo, confusiones y exageraciones. Por eso, en esta *Historia* resulta poco conveniente esbozar una concepción cerril acerca de ello, simplemente porque a continuación encontrarán libros «que son literatura», y otros que, aunque «parecen ser» de otras disciplinas, a su modo también lo son.

La lista pudo ser diez veces mayor. Hasta tenemos la certeza de que muchos de estos autores tranquilamente podrían ser trocados por otros; es más, no nos sorprendería que en cualquier taxi, tanto conduciendo como detrás, haya un poeta digno de este libro; aventuramos, por un simple ejercicio estadístico, que muchas maestras que han poblado escuelas rurales pueden haber hecho mejores líneas que gran parte de los presentes, las cuales, quizás estén, con suerte, en algún olvidado arcón —si no han sido desechadas al estercolero de las causas perdidas—. Sin nostalgia, es lo que hay; no conocemos lo que se perdió.

Los autores estrictamente contemporáneos, a varios de los cuales conocemos personalmente, no pueden ser juzgados de manera rápida, porque no son «historia». No es que esquivemos la posibilidad de debatir y hacernos cargo de nuestras opiniones, pero hacerlo hoy tal vez podría centrar el foco en un capítulo y no en toda la obra.

Exceptuando comentarios particulares, este compendio tenderá a ser la exposición cronológica y conceptual de una serie de autores y libros influyentes en la literatura argentina. Por supuesto que primará un criterio de calidad, pero a la vez incidirá el grado de relevancia en la cultura vernácula. Por lo cual, bien puede suceder que una obra inmejorable sea casi una nota al pie en este libro, a la vez que una redacción de menor probidad artística merezca una reseña mayor debido a lo que significó determinada característica suya y/o de su autor.

Siempre sobrevuela el fantasma de que algo, o alguien, han quedado injustamente fuera de la enumeración. Es un riesgo aceptado al emprender este viaje. Y es una invitación a que otras personas añadan lo que falta, porque, por fuerza, la historia está destinada a continuar. Y, por fuerza y por fortuna, los criterios varían; y cada cual tendrá argumentos para solventar sus sumas y sus restas.

La definición de «contemporáneo» muda, necesariamente muda. Pero en este caso nos acotaremos al siglo XXI para ceñir ese término. De modo que César Aira es nuestro contemporáneo, y Raúl González Tuñón, no. Este concepto acotado sirve para ayudar a la comprensión —y compresión— de este libro. Y, como lo contemporáneo no puede ser *Historia*, no incidiremos en la literatura argentina de este siglo, excepto cuando sintamos que por algún motivo —que será comentado— ese libro o autor prometa estar destinado a ser reseñado en «manuales» como este en un futuro.

En un libro autobiográfico James Joyce comenta que el sexo y la violencia, por promover sórdidos bajos instintos, no suelen relacionarse con las más elevadas obras de arte. Habrá excepciones, pero el decir del dublinés no nos parece inadecuado. No obstante ello, sí aparecerán a continuación libros con altas dosis de efectismo; han sido influyentes, de culto para un tipo de lector cuya opinión también vale.

En determinados cenáculos, se repite que Jorge Luis Borges era antiperonista; se ensalza esa condición. En esos

espacios, y aun en otros adaptados para quienes piensan de manera opuesta, se repite que Leopoldo Marechal era peronista, ensalzando esa condición.

Muchas veces la adscripción política es subrayada en ensayos de escritores sobre sus pares. No seremos quienes digan que lo que piensa alguien no lo determine. Pero sí seremos quienes sostengan que para leer sustantivamente el *Quijote* o *Macbeth* no es necesario saber qué pensaba Cervantes del Imperio Español ni lo que sentía Shakespeare por la reina Isabel I. Todo interesa en la historia de la cultura, pero la mesura debe gozar de un interés prioritario.

Homero puede ser literatura, o literatura puede ser lo que dijo el casi olvidado pero sin embargo insoslayable Jean-Paul Sartre, que resulta una constante, aunque tácitamente fuera, en la literatura argentina del siglo XX; la literatura sería, para el francés, una acción de comunicación revestida de compromiso moral y consciencia social para transformar el mundo.

Pero no falta quien diga que Homero nació siendo religión, y que Sartre era demasiado dogmático; el *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento quiso ser ciencia, pero es literatura (en sentido sartreano, aunque sorprenda).

La singular historia de la literatura argentina es un capítulo de la literatura española. Lo es en sentido cultural, popular; aceptarlo dista una eternidad de la sumisión al colonialismo; enriquece el patrimonio americano y peninsular; hace que Borges sea, en muchos sentidos, reconocido como propio en Jalisco, Mallorca o Cartagena de Indias. Ambos atributos son reales: es singular, pero es parte de algo mayor.

Del mismo modo que Martín Fierro pudo haber sido un comunero en Castilla, en Argentina nunca faltaron pícaros; así como Alberto Gerchunoff veía en las pampas una continuidad de las quijotescas geografías, aquí no dejamos de toparnos a diario con Lazarillos, sean o no sabedores de las andanzas de su antepasado de Tormes.

Por motivos equiparables, hace varios veranos en Carcedo,

Asturias, cuando volaba un *cucuyo* o *chotacabras* veíamos, en la penumbra, a un *kakuy*. (Páginas más adelante, donde se intercalan Guillermo Enrique Hudson y Ezequiel Martínez Estrada, se comprenderá este comentario).

Este libro sigue la impronta de la *Historia de la literatura alemana contada en una hora*, escrita por Alfred Henschke, «Klabund», allá lejos y hace tiempo.

Comentarios sobre la selección

Hemos incluido a autores que vivieron hasta el mismo año que Ricardo Piglia, con la excepción de César Aira, que no sólo es complementario de aquél en esta historia, sino porque ya se había quedado afuera de su propio *Diccionario de autores latinoamericanos* por el hecho de no haberse muerto antes de 1985.

La semblanza del final, sobre Juan Forn, cierra el homenaje a una de las personas a las que dedicamos este libro; ella solía andar con las contratapas de *Página 12* plegadas en sus bolsillos, y se las leía a sus parientes cuando los visitaba.

Por lo explicado, muchos merecedores de ocupar estas páginas no serán parte de ellas. Por ejemplo, Osvaldo Bayer, Griselda Gambaro, Enrique Medina, Juan Gelman, Angélica Gorodischer, Hugo Mujica, Vlady Kociancich, José Pablo Feinmann, Diana Bellessi, Luis Tedesco, Mempo Giardinelli, Luisa Valenzuela, María Elena Walsh, Sergio Chejfec, Sylvia Iparraguirre, Carlos Gamerro, Pablo de Santis, Sylvia Molloy, Jorge Asís, Liliana Bodoc, Mauricio Kartun, Elvio Gandolfo, Guillermo Martínez, Arturo Carrera, Leopoldo Brizuela, etc. (Con respecto a quienes viven y crean en la actualidad, hay muchos que no forman parte de esta aclaración por ser relativamente jóvenes; ya algunos los pondrán en una nota aclaratoria, y otros en una *Historia*).

Andrea Constanza Ferrari & Tomás García Lavín